

*Erasmo Zarzuela*

Sobre el mirar...

No recuerdo quién dijo que en la pura actividad del mirar hay siempre algo de sadismo. Intenté inútilmente recordar quién fue, pensé que había algo de verdad en aquella frase: y así miré incluso con mayor voluptuosidad, con la perfecta sensación de ser sólo dos ojos que miraban mientras yo estaba en otro lugar, sin saber dónde. Miré a las mujeres y a las joyas, los turbantes, los festejos, los velos, los trajes largos, los vestidos de noche, los musulmanes y los millonarios americanos, los reyes del petróleo y los sirvientes cándidos y silenciosos: escuché risas, frases comprensibles e incomprensibles, susurros, frufrus. Y todo esto no cesó ni un instante durante toda la noche, casi hasta el alba. Luego, cuando las voces se espacieron más y las luces se amortiguaron, apoyé la cabeza sobre los almohadones del sofá y me dormí.

Antonio Tabucchi en Nocturno hindú.

La escritora Patricia Highsmith y la pintora Marguerite McBey nos hablan de un episodio distante:

El tiempo de la amistad con Paul Bowles

Paul Bowles tiene su propia forma de hacer las cosas. Es difícil imaginar a un neoyorquino enamorándose de Tánger y eligiendo el pasar allí la mayor parte de su vida, en una ciudad donde el teléfono (el de Paul, por lo menos) no funciona porque las reparaciones son ineficaces; en un edificio cuyo ascensor funciona cuando quiere y el conserje es analfabeto en cualquier lengua; donde dos docenas de buzones postales, alineados en la pared escaleras abajo, han sido inutilizados hace mucho tiempo a martillazos o hachazos. Paul da dos paseos al día y uno de ellos le lleva invariablemente a recoger su correspondencia en el zoco. No es un recluso, como se ha rumoreado. Con una dieta regular y equilibrada y un vaso de agua como bebida, se mantiene todavía fuerte.

Quizá sea el fatalismo y el conformismo de Marruecos, depresivo y desesperanzador para muchos, lo que atrae a Paul. Uno tiene la impresión de que Paul Bowles ve la vida tal como es: sin sentido a la larga; ve a los humanos como indiferentes al sufrimiento y a la muerte como la madre natural. Paul observa esto atentamente y, simplemente, lo cuenta.

P. H.

Mi marido y yo vivíamos en Tánger mucho tiempo antes de conocer a los Bowles. De hecho, debió de ser después de la muerte de mi marido, en 1959, cuando yo veía mucho a David Herbert, el momento en que los conocí.

Tanto Jane como Paul venían frecuentemente a almorzar conmigo y yo pinté a ambos en varias ocasiones. Una vez les llevé a la ciudad en mi automóvil y cuando llegamos a la plaza de Francia les pregunté dónde querían que les dejase. Ellos comenzaron una discusión al respecto en la parte trasera del coche que se hizo interminable y mientras yo daba vueltas y vueltas, ellos discutían y discutían.

Siento un gran afecto por Paul, a pesar de que en las muchísimas ocasiones en que le he visto nunca ha dicho nada que yo pudiera guardar en la memoria o repetir. Creo que él también me tiene afecto y este sentimiento es recíproco. Admiro sus libros y podría estar pintando su cara eternamente.

En un pequeño almuerzo con Paul, dos hombres y dos mujeres, alguien señaló cómo Picasso había cambiado el mundo con su pintura, hasta el punto de que ya no sería el mismo de nuevo. Un comensal, cortésmente recalcó: "Lo mismo que Paul Bowles".

Paul estaba cortando un trozo de carne; dejó su cuchillo y dijo quedamente: "Pero nunca lo he pretendido".

M. M.



Zona Franca Oruro S. A